

“Scopas”

Tragedia Lírica de Franz Tamayo

*Ya sólo el canto de la lira
es cierto!—TAMAYO.*

SESENTA inviernos pesan sobre el autor de *La Prometheida*, diamante negro de la poesía americana.

Poeta, pensador y hombre de Estado, Tamayo es planta exótica en América. Gran tribuno, la función pública no lo aleja del arte. Las polémicas del sociólogo alternan con los proverbios del filósofo; las luchas políticas con los versos del artista. Filólogo, hombre de leyes, humanista en el sentido más profundo del vocablo, toda disciplina cívica le es familiar. Ha sido diputado, diplomático, asesor jurídico, ministro de Estado, canceller y Presidente electo de la República, cargo que no alcanza a desempeñar por razones de política interna. Orador de garra, aún se escucha su verbo olímpico, que maridando la lógica con la elocuencia, dictó verdaderos cursos de derecho público y moral social. Hace veinticinco años, anticipándose al actual movimiento indianista, planteó las bases para *La creación de la pedagogía nacional*. Sus dos tomos de *Proverbios* consagran al pensador. Superando la crítica romántica de Rodó, su *Horacio y el arte lírico* es una síntesis estética. *Odas* (1899), *La Prometheida*, tragedia lírica (1917), *Nuevos Rubayat* (1927), y *Scherzos* (1932), libros de alta poesía, a excepción del primero, simple tentativa juvenil, redondean

la *summa* mental de este espíritu extraordinario, que aspirando a ser todo, se eternizó en artista.

A quienes se interesen por conocer la vida y la obra de este gran americano, los remito al capítulo "Tamayo o el artista" de mi libro *El velero matinal* (Editorial López, La Paz, 1935) y al extenso estudio "Franz Tamayo, habitante del Ande", que forma parte de unos *Ensayos bolivianos* que publicaré próximamente. Hoy me limito a dar la noticia de su última obra poética.

Siete años de silencio. Un libro de severa elegancia aparece en las librerías de La Paz: *Scopas*, tragedia lírica por Franz Tamayo. ¿Tragedia lírica? Los hombres de hoy sólo admiten el conflicto del obrero con la fábrica, del individuo con la máquina, del puño prieto con la diestra erguida. Suenan los clarines de Ares; Apolo y Eros huyen del mundo moderno. Extraño caso el de un licenciado en ciencias políticas y sociales, que al caer el otoño sigue dialogando con las Musas.

Scopas consta de dos partes: un preludeo y la tragedia propiamente dicha. El preludeo —"Adonais"— canta la muerte del hijo predilecto del poeta, en ciento y un tercetos endecasílabos, a la manera clásica de la *Commedia* del Alighieri:

En torres de cristal campanas de oro
repicaron el alba de tu muerte.

En estuarios de luz dió el sol su lloro.

.....

Hora sutil que canta en ledos giros
tan honda dicha que a desdicha alcanza
como hasta a negra luz hondos zafiros!

Clásico en el metro estrófico, barroco en la rebusca de la imagen, pero un barroco andino, que es más zarpa felina que talla de artífice moroso, "Adonais" narra la última desventura del poeta: *Dilectissimi Manibus Filii Et Amantissimi R. G. T. G. Dolore Cruciatu Pater F. T.* reza la dedicatoria del libro. "Adonais" simboliza el triunfo eterno de la juventud y de la belleza, sobre la miseria de las cosas perecederas. Aunque una lengua gongorina entona el laude al que se fué, es tal su pesadumbre estremecida, que más de una vez el dolor del hombre brilla sobre los recursos del artista. Es una de las

más notables elegías en lengua castellana. El verso de Tamayo es siempre un enigma estético, en el sentido y en la forma; así este hermoso preludeo elegíaco rezuma un dolor viril, sapientísimo, que llora sin quebrarse. Última confesión de un grande artista, no es el lamento de Chopin, sino el *crescendo* de una marcha fúnebre de Beethoven. Rebelde y agresivo, el poeta impreca y deplora, solloza y desafía. En la frase final, el artista gana la partida al hombre: "Ya sólo el canto de la lira es cierto!" Auro D'Alba ha dicho en tono menor la ternura de un padre desolado. Pero Franz Tamayo, filósofo, mistagogo y poeta, refiere cosas maravillosas al despedir al hijo amado.

Scopas consta de 1503 endecasílabos y cuatro septetos iniciales. No tiene la monumentalidad, la rica vibración rítmica, la poderosa variedad de los 4000 versos de *La Prometheida*. No obstante su acción es tan concentrada, que a despecho de la menor estructura alcanza máxima intensidad dramática.

La tragedia gira en torno a tres personajes: el escultor Scopas, arquitecto del artista; Doris, hetaira, espejo del amor sensual; Aglaé, hetaira, imagen del amor espiritual. Esfinge, Ekhidna, Pandora—estatuas—sólo intervienen al final. En cambio la presencia invisible de la Musa, que sólo irrumpe transformada en Moira a los ojos de Doris, señorea toda la tragedia. La Musa, es, en verdad, el *Deus ex machina* de la tragedia. De sus ojos brota la luz para Scopas, el abismo para Doris, un sagrado respeto para Aglaé. Gobierna el drama con esa fatalidad inexorable que arrancada al mito esquiliano, Sófocles traslada al corazón del hombre. *Scopas* es el conflicto de la vida instintiva con la creación intelectual. El Eros vivo disputa al Eros pétreo primacía. Se desdobra el eterno femenino en sus dos raíces biológicas: sentidos y espíritu, Doris y Aglaé, que polarizan el amor humano y el amor platónico. Scopas se debate entre la pasión de la carne y la pasión del mármol. Ama a las hetairas sin renunciar a su arte. Su voluntad, dualista, funde vida y arte en una sola esencia. Y dice:

Todo acto de belleza se consuma
devorando almas como zarzas vívidas.
¿Cómo no veis que las celestes músicas

son vuestra carne antes de hacerse piedra?
 No habita el Dios en mí sino en vosotras.
 Al signo creador el sueño espléndido
 baja del cielo, en vos se empapa trémulo,
 y se hace forma al fin inmarcesible.
 Mira, Doris, celosa empedernida,
 cómo tu gracia de dudoso efebo
 revive en este Antíneo itacense,
 y el gesto extático, Aglaé remota
 a esta Venus Urania da por siempre!
 Mis mármoles ajenos sois vosotras;
 y si los propios ya vibran inmóviles
 es que hay ya en ellos vuestra carne rosa.

Viejo hechicero lírico, Tamayo domina todos los recursos idiomáticos. Su ciencia lingüística le permite componer vocablos partiendo de las raíces griegas y latinas que conoce a perfección. De ahí su audacia para multiplicar el neologismo, la maestra vibración que da al idioma —cosa viva, diría Nietzsche, siempre en transformación— que no debe confundirse con el vocabulario exótico de la vanguardia, pues lejos de ser automatismo o ansia de novelería, en nuestro poeta es el resultado de una disciplina técnica profundísima. Cuando Tamayo habla de la noche de las almas, que el hombre “efímero” mira “última”, siente “íntima”, y aunque le es “prístina”, la teme “póstuma, súplica y éxul” de una patria “espléndida”, creemos escuchar una cascada de esdrújulas. Entre sus muchas genialidades de gran señor del idioma, Tamayo esdrújulea con frecuencia, sabiendo la mayor sonoridad y el dinámico desplazamiento de estos vocablos. Su lenguaje culterano, de magnífica fastuosidad, suele revestirse de mayor dureza que el de *Nuevos Rubayat* o *Scherzos*. Sin embargo, por singular paradoja, es también el poder de síntesis, la concisión verbal, la visión objetiva y aguda, el zarpazo inmediato, atributos del alma “kolla”. Con brusca majestad, el titán del Ande canta en liras castellanas:

Jardín nielado en héspero oricalco.

¡Qué vida extraña las estatuas tienen!
 Si lascas mudas, fuentes son de gloria;

Menos que seres vivos, viven más.

En este cielo azul, intacto, intáctil.

El dulce melos de tu mimo inmémore.

Céfiro tósigo al instante hermético.

Fiesta vernal bajo el azul dorado
 de tirsos rábidos y rosas húmedas!
 Fiesta vernal donde el milagro túrbido
 las piedras lloran y las flores cantan!
 El templo incólume en su férrea métopa,
 única cifra, graba el sexo inmáculo!

Sin llegar todavía a esa disolución de la forma, que suele anunciar la declinación de los grandes creadores, el instrumento idiomático de *Scopas* es más áspero y rebelde que nunca. "Poderosa música insensata" — dirá el propio poeta. Al primer encuentro, el lector se resiente de cierta monotonía eufónica; pero a poco de frecuentar este verso demonial, destila hondas armonías. Es el caos organizado de las altas mesetas, que se precipita con la violencia del alud o se inmoviliza en el trágico esplendor de cumbres mutiladas. Por una suerte de wagnerismo lírico, Tamayo se sustrae al primer encuentro; es preciso acostumbrar el oído a esta música compleja, hecha de armonías y de disonancias, de durezas dilacerantes, de sutiles juegos eufónicos. La "Sonata Hammerklavier", en el *allegro* ¿no vale por todas las innovaciones del expresionismo musical? El problema de la forma es siempre idéntico: el geómetra perfecto es el que va más lejos al descomponer. Así el pitagórico Franz Tamayo, en medio siglo de tañer el arpa castellana, inventa un estilo nuevo americano, el *barroco andino*, que es lengua bárbara en sabios timbres expresivos.

Scopas vale por una confesión autobiográfica. Bajo el velo de un mito helénico, la tragedia refleja la lucha del artista Franz Tamayo. No el drama particular del escultor, sino el drama eterno de todo verdadero creador. Es la lucha inacabable del hombre y del poeta, la que Scopas, Doris y Aglaé exaltan o condenan, bajo el pretexto generador de las estatuas.

Acaso la muerte de Doris esconde todavía un último simbolismo que escapa a la ingenuidad del crítico. Todo Tamayo es una pasión doble de vivir y de crear; de actuar, creando, y de crear, actuando. ¿Qué significa ese voluntario apartamiento del mundo? ¿Por qué el político se mutila los brazos? *Scopas* no resuelve el problema, pero da la clave. Y es tan auténticamente un espejo lírico de Franz Tamayo esta hermosa tragedia, que muchas veces, prescindiendo del bello instrumento estético, sólo deseamos invadir ese mundo misterioso donde un mago del sentimiento y de la forma labra sus matrices. Por boca de Scopas, dice el artista boliviano:

Más que las formas, teoría espléndida,
rostros y torsos como en baile de astros,
me enciende el raptó que los arrebató.
Fuerza divina! Cataratas! Vórtices!
¿Quién sino el ímpetu que nadie nombra
alza los ortos y esfuma crepúsculos?
No lo que arguyes; lo que siento vivo.

(golpeándose el pecho)

Aquí está el huracán que canta y crea,
rompe mis pleuras y las diviniza.
Es como un grifo que urge alas y garras,
no sé cuál más glorial. Tan hondo es su hálito
que a veces mima de ternuras célicas
y besos tenues. Otras rompe en furia
como zarpas con uñas de centella.
Aquí está el huracán; toca mi pecho
donde se insufla; y es marea pánica,
y se extiende una pleamar sin límite.
Bajo un cielo sin miedo y sin crepúsculo
bullen allí dintornos y contornos,
todas las líneas que la vida ensaya
desde el rictus fatal de Zeus regio
hasta el porte triunfal de Apolo loxias.
La nalga fina de una Venus púber,
la majestad de Hera materna y grave
y Baco príncipe de torso hebéo.
Niké alada, hipodámica amazona.
Clava de Heracles. Caduceo de Hermes.
Y cabe el héroe hijo de dioses, todas
las ninfas, leves torsos, trigo y nieve,
y en oro muerto o en jazmín dorado,
la línea esbelta como palma al aire

o el sesgo grácil cual de poma nueva.
Yo el jugo sé que alimentó sus cuerpos,
olas y linfas, savias de árbol vírde;
y al fin, para pulir sus redondeces,
aire de monte y salobrez de mar!

Lección suprema de alta moral eudemónica, *Scopas* llega al delirio sacro, a la embriaguez de la tragedia antigua, a través del verso de Franz Tamayo. Su violencia explosiva, sus audacias verbales, son el viento del Ande en vaso clásico. Una larga discusión. Terribles y maravillosas ideas. Celeste vuelo de imágenes; he ahí todo. Se quita Doris la vida con el cincel del escultor; el Eros pétreo vence al Eros vivo. Y Aglaé, alma inmortal, cierra la tragedia con estas palabras órficas: "La esperanza es femínea, espero, espero!" Scopas, prisionero de sí mismo, proseguirá el combate con el transmigrar de la piedra. Pero en trama tan simple, en acción tan lenta, se siente crecer el drama con ese ritmo solemne y ascendente que el nomen de Esquilo mueve, despertando mundos de sobrias realidades.

Franz Tamayo es un gran poeta nocturno y constelar, en el sentido decisivo que doy a esta idea en mi libro *El arte nocturno de Victor Delhez* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1938). Su tragedia lírica *Scopas* rebasa el estrecho límite de la poesía americana, para ceñir la fina malla de la lírica española. El día que lingüistas, eruditos y estetas se aproximen a la *summa poetica* de este grande de América, habrá muchas sorpresas, porque este Fausto de la voluntad es la última imprecación de una raza que se hunde en el olvido, y el primer alarido triunfal de un pueblo niño.

La obra del artista Franz Tamayo es una cima que nadie ha hollado todavía. Aquí, en el Ande, luce, brusca y desmedida, como la montaña roquera. Juno y Apolo funden líquidas esencias. Lo más entrañablemente boliviano; el más universal de los artistas. Un desdeñar que duele. Músicas que fascinan. Y donde el ojo de la crítica no alcanza, una esfinge bifronte que reserva su enigma.

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA.

